

José Luis Moreno Pestaña

La norma de la filosofía: la configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil

Madrid, Biblioteca Nueva, 2013

Quien estudie el ámbito intelectual español reciente se encontrará con un relato bien asentado sobre los efectos de la Guerra Civil y la posterior transición. Básicamente este relato señala, primero, que la victoria de Franco acabó con la vida intelectual transformando a España en un erial, por lo menos hasta mediados de los cincuenta, y luego, que la modernización intelectual se dio paralelamente y en estrecho vínculo con el tránsito ideológico de toda una generación de falangistas de “corazón liberal”. El presente trabajo de Moreno Pestaña se enfrenta a este relato relativizándolo, no sin recoger lo que él tiene, en parte, de realidad.

Para ello el autor propone una sociología de la filosofía española. Pero ¿qué es esto? ¿Puede la ciencia social ayudar a comprender mejor a los filósofos y sus filosofías? La respuesta es, según Moreno Pestaña, sin duda positiva. Lo que se gana con esta perspectiva es dar cuenta de la relación de la filosofía con las problemáticas concretas en las que se gestó, dimensión sin la cual no se comprende históricamente un pensamiento. El acontecimiento Guerra Civil toma así centralidad en un relato en el que se dan cita tres perspectivas de análisis. La que hace atención a la historia interna de las ideas, con su historicidad particular que conforma “una pantalla filosófica de doctrinas” (p. 173) a las que se enfrenta el filósofo; la trayectoria de los filósofos que las encarnan, con la diversidad de condicionantes vitales: origen social, formación y posicionamiento institucional, tienen un lugar importante en la descripción; y por último, una dimensión contingente en forma de acontecimiento.

Esta propuesta teórico-metodológica está expuesta en una larga introducción, de la que habría que destacar también la exposición de las relaciones posibles entre la filosofía y la sociología (y en general de la filosofía con las ciencias sociales). Aquí se sostiene que estas disciplinas, aunque independientes, se encuentran, tanto por sus objetivos como por las características de sus objetos de estudio en un proceso constante y tenso de hibridación o mutua implicación. El libro se incluye de esta manera en un proyecto intelectual más amplio, que se desarrolla en la Universidad de Cádiz junto a Francisco Vázquez, entre

otros investigadores, y que ha dado ya, junto al presente libro, tres entregas de trabajos de sociología del pensamiento español: de Moreno Pestaña, *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico, Siglo XXI*, Madrid, 2008; de Francisco Vázquez García, *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Abada, Madrid, 2009. Este último, para quien se interese por el tema, es una lectura obligada como continuidad de *La norma...*

El libro se ofrece en una introducción y cuatro capítulos que recogen tres debates intelectuales. En estos debates —y por ello, justifica el autor, se prefiere el estudio de debates antes que de escuelas o grupos— se juega la definición del filósofo y se configura “la norma” que regirá en gran medida la filosofía posterior.

En el primer capítulo, “Trayectorias de filósofos y Guerra Civil española”, se analiza el efecto que la Guerra Civil tuvo sobre el campo filosófico. En él se describen las condiciones sociales necesarias para ser considerado filósofo antes de la guerra y las transformaciones que esta significó. Aquí Moreno Pestaña muestra, apoyado en documentos inéditos, los esfuerzos inmediatos que se hicieron para que “el más alto exponente del neoescolasticismo” (p. 69), el padre Santiago Ramírez, cubriera la cátedra de Metafísica de Ortega. Se introduce el primer debate en torno a la calidad filosófica de Ortega y su escuela. Lo interesante de esta reconstrucción es que muestra lo que hay de ruptura y de continuidad con el estado inmediatamente anterior del campo filosófico y especifica de manera concreta las formas en que la victoria de Franco institucionaliza una corriente filosófica (el neotomismo), que es también un proyecto intelectual ligado a personajes con características sociales bien definidas.

En el capítulo dos se presenta el debate sobre la teoría de las generaciones entre Pedro Laín y Julián Marías. El lector encontrará aquí la exposición de una discusión que contradice la supuesta nulidad intelectual de los años cuarenta. La problemática planteada, sobre la naturaleza de la filosofía y su relación con la historia, da cuenta de la persistencia en España de un debate internacional de ascendencia alemana, que en los cuarenta aún conformaba el presente intelectual para un Laín formado en el contexto de la universidad republicana. Gran parte de este capital cultural se perderá con la disolución de la Escuela de Ortega.

El tercer capítulo explora la “Estabilización del nuevo canon” tras la victoria de Franco. Este, argumenta el autor, va a definir la filosofía como una actividad cerrada sobre sí, la filosofía como “cultivo de textos y la producción de los mismos” (p. 127), como comentario especializado de filosofemas en gran medida independientes de los contextos tanto sociales como intelectuales en que fueron pensados. Con las herramientas de la sociología, Moreno Pestaña va a defender lo siguiente, y esta es una de las propuestas centrales del libro: el modelo intelectual ligado al neoescolasticismo, es decir, la filosofía como comentario de textos filosóficos, permanece “en las estructuras mentales de los agentes” (p. 128) más allá del contenido neoescolástico y esta norma de la filosofía, esta forma de ser y concebir el trabajo filosófico, se torna hegemónica en la transición. En la renovación y la apertura a la vanguardia internacional persiste una concepción mayoritariamente cerrada de la filosofía. Esta propuesta, polémica por cierto, puede ser un fructífero analizador del ámbito intelectual español en la transición con resonancia hasta la actualidad.

Finalmente, el cuarto y último capítulo “¿Cómo continuar con la filosofía?” reconstruye el frustrado debate entre Gustavo Bueno y Manuel Sacristán de fines de los sesenta —frustrado, pues Sacristán lamentablemente guardó silencio—. Aquí Moreno Pestaña pone a funcionar su propuesta sociológica en este caso centrado en el análisis de la transmisión intelectual. Propone en este capítulo otra hipótesis polémica, a saber, aquella que defiende la coincidencia de fundamentos intelectuales entre Sacristán y Bueno, ambos marxistas aunque bien diferentes uno del otro. Esta coincidencia, argumenta el autor, emana de una misma raíz teórico-filosófica y está asentada en una experiencia generacional compartida, característica de un momento histórico en el cual Ortega tuvo un papel fundamental para aquellos jóvenes que iniciaban su vida intelectual alrededor de los años cincuenta. Evidentemente es muy difícil sostener tal hipótesis si se considera exclusivamente, ya sea la comparación de constructos filosóficos, ya sea la orientación política de los involucrados. La convergencia entre historicismo orteguiano y marxismo se construye sobre una red argumentativa compleja que hilvana la teoría en la trayectoria individual y social de sus protagonistas.

Moreno Pestaña nos presenta una reconstrucción compleja, atenta a fuentes empíricas diversas (textos filosóficos, entrevistas, trabajo sobre archivos, memorias, correspondencia), que tiene como objetivo “dibujar con toda la densidad posible” (p. 115) los múltiples efectos de la Guerra Civil para el campo intelectual. El resultado es un libro relativamente breve (214 páginas), de un estilo claro y directo, mas, sin por ello perder en consistencia y profundidad. Tanto por la innovación metodológica como por el rendimiento que de ella se deriva—en una reflexividad constante sobre el material empírico—, considero que este es uno de los trabajos más interesantes que se han realizado sobre filosofía española. Una sociología empírica que tiene como objeto de estudio los discursos dominantes es un trabajo que está muy expuesto a la crítica. Resulta mucho más polémico que otros objetos de estudio, pues apunta a dilucidar los implícitos que organizan el discurso legítimo, por tanto, las condiciones de producción de la verdad y la historia. Por ello este libro, además de ser un trabajo de gran calidad, es una propuesta valiente, que nace del compromiso del autor con la veracidad científica, asentado por lo demás en un fino y sobrio paladar epistemológico. Que otra selección de fuentes es posible, que una interpretación alternativa de las mismas también lo es, es cierto, pero estos riesgos son característicos de toda ciencia social que no esquive la complejidad del material empírico ni pretenda acomodarlo, sin más, a la razón teórica. La racionalidad en ciencias sociales se juega en un equilibrio precario entre pruebas parciales y coherencia de los supuestos teóricos, estos cuando se ensambla bien conforman una racionalidad situada, que debe atender tanto a la complejidad empírica como al “sentido común” de la ciencia. Moreno Pestaña, formado en la escuela de la epistemología francesa y traductor de Jean-Claude Passeron, maneja solventemente este alto estándar científico. La crítica que se haga a este trabajo debe considerarlo.

Por último, hay que señalar que la apuesta intelectual de Moreno Pestaña tiene una evidente inspiración orteguiana, presente de forma transversal en el libro. Una inspiración crítica y selectiva que recupera y continúa la herencia de una filosofía racionalista, en hibridación con las ciencias sociales, fertilizándola con la sociología francesa (Pierre Bourdieu) y anglosajona (Randall Collins y Martin Kusch). El autor, como todo intelectual

creativo, se encuentra inmerso en redes intelectuales heterogéneas (p. 101). En este contexto hay que entender su posicionamiento dentro de una genealogía intelectual de ascendencia orteguiana. Ella tiene, como diría el autor, dos supuestos: primero, que hay una herencia nacional intelectualmente valiosa; y segundo, que paradójicamente la persistencia de una norma implantada bajo el nacionalismo fascista ha hecho a la inteligencia española sorda de su propia tradición.

MARÍA FRANCISCA FERNÁNDEZ CÁCERES
Universidad de Cádiz
mariafrancisca55@gmail.com